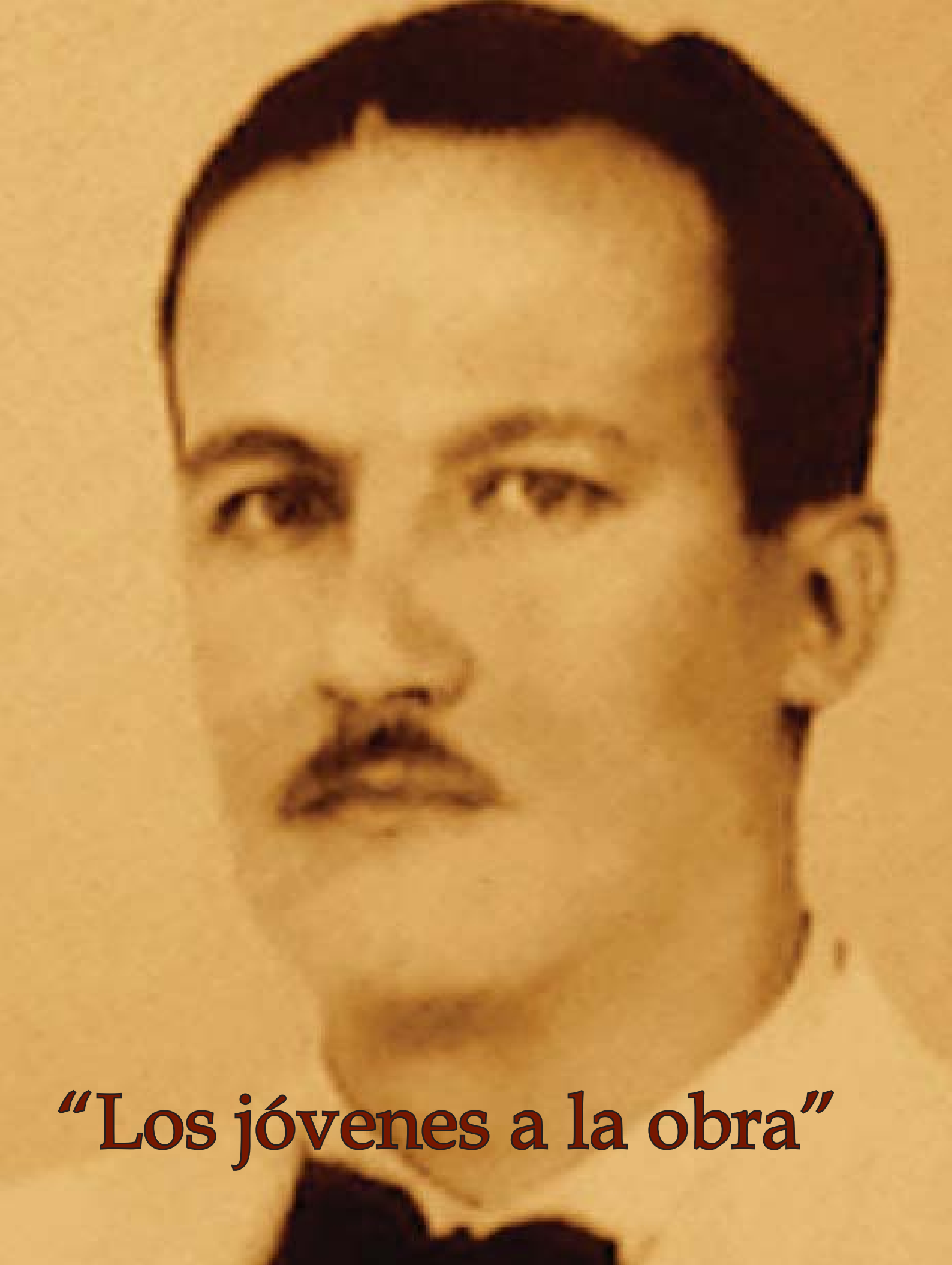
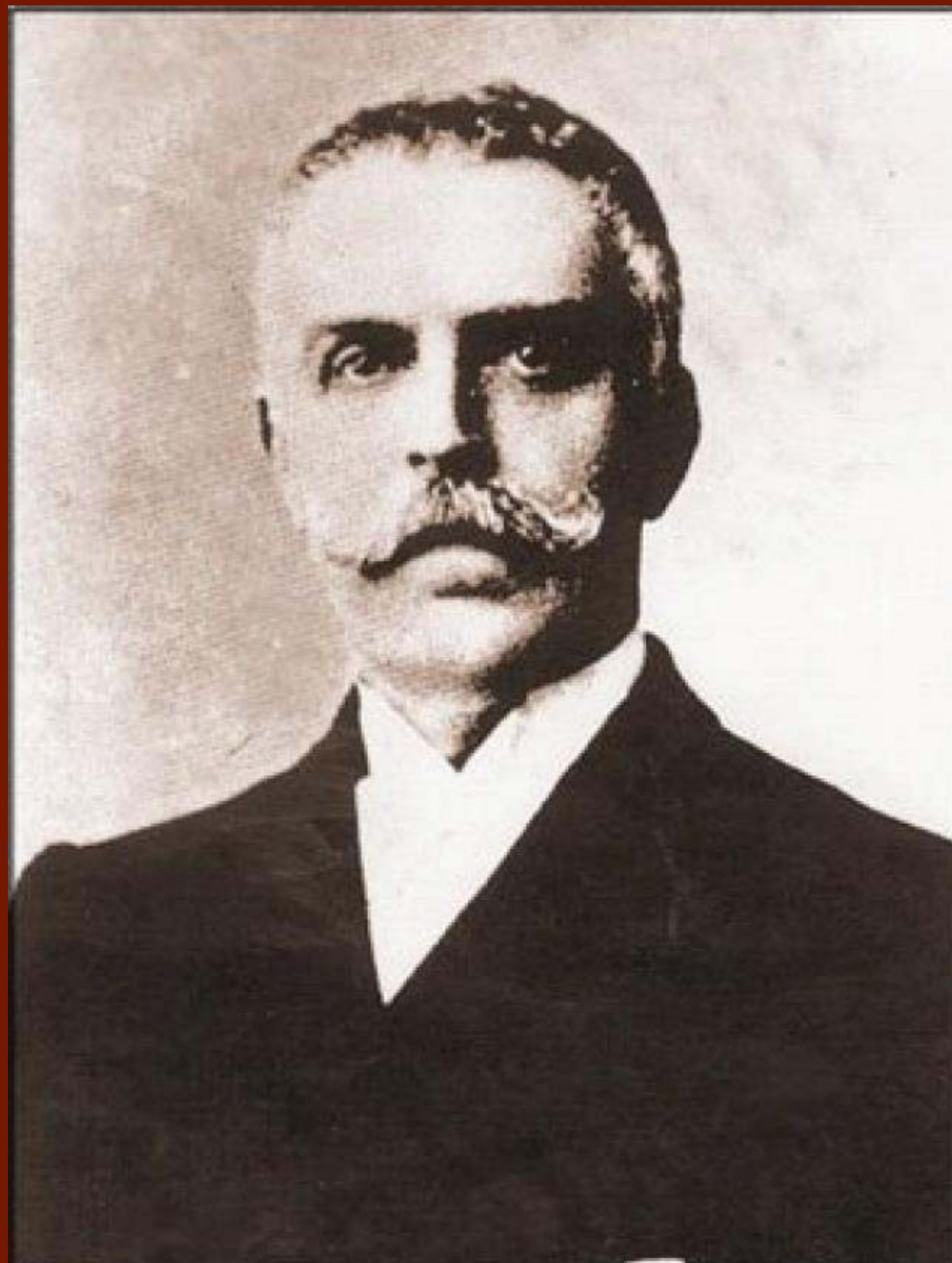




“Los jóvenes a la obra”



Ya hemos visto aunque rápidamente, como podría realizarse una transformación instrumental. Ahora conviene que veamos quienes son los que deben realizarla. Y este punto, que en otros países aparecería como de importancia secundaria, en el nuestro tiene caracteres fundamentales y decisivos. Y es que nosotros proclamamos el fracaso de todos los partidos políticos existentes hasta hoy y también el de los hombres que los sirvieron directa o indirectamente o que fueron cómplices, por acción o por inhibición. Ya me he referido extensamente, al comenzar esta charla, a los civilistas, que, en realidad, son todos los viejos políticos del Perú. Porque los que no lo son por etiqueta, lo son por espíritu o por conveniencia. De manera que sólo corresponde insistir en que ellos representan la vieja mentalidad conservadora, reaccionaria, del pasado derrotista del Perú.

Nuestra posición es de beligerancia y de lucha. Significamos una hora nueva en la historia nacional. Procedemos de las filas descontentas de esa generación que vivió los años de la guerra europea, que asistió a los fenómenos sociales de la revolución rusa y que gestó los descontentos creadores de la reforma universitaria. Nuestra genealogía nacional comienza en nosotros mismos. Salvamos, solamente, el grito de guerra de González Prada, cuando, con visión profética del porvenir de la nacionalidad decía: 'Los viejos a la tumba; los jóvenes a la obra.'

Para nosotros vejez y juventud no son meros estados biológicos. Son principalmente, estados de conciencia. Hay muchos jóvenes civilistas, dorados y partidarios del fascio, que son ancianos junto a los viejos del aprismo. Y viceversa. Para nosotros juventud y vejez son actitudes frente a la vida: optimismo en la lucha, decisión para afrontar problemas básicos, resolución para servir una causa; disciplina en los actos colectivos; amor por todo lo que signifique renovación y progreso. Desde un punto de vista casi filosófico podemos decir que las clases del trabajo, de reciente formación, son clases jóvenes, frente a las clases parasitarias, que son clases viejas. El grito de guerra de González Prada, en nuestros labios, es voz de adelanto, de superación, de renuevo total.



Excluimos a los viejos de espíritu, no sólo porque ellos representan una rémora en una acción resuelta de transformación, sino porque están plagados de todos los defectos que han conducido al país al fracaso. Porque nuestra acción aprista no es sólo de hombres jóvenes, sino también de manos limpias. Reaccionemos contra esa tolerancia inicua que ha permitido que las fortunas mal habidas sean objeto de reverencia y admiración. En el Perú siempre se ha ambicionado tener un puesto fiscal, no tanto por el puesto sino por los chanchullos que podían cometerse a su sombra. El Partido Aprista será inexorable en el juicio de todos los ladrones fiscales. Quien roba al Estado roba al pueblo, y es por tanto un agente de derrota y traición. Para militar en nuestro Partido, por consiguiente, exigimos, no solamente juventud de espíritu, sino también moralidad de espíritu. La verdadera juventud sólo puede serlo cuando se hermana con el cumplimiento honesto de los deberes individuales y sociales.

Esta selección, que nosotros aumentamos cuando pedimos el concurso eficiente de todos los soldados del aprismo, es decir, cuando los obligamos a capacitarse para comprensión y servicio de la política, que es una ciencia, esta selección, digo, nos ha puesto, lógicamente, contra los viejos políticos peruanos. Todos ellos están dispuestos a hacernos un frente único y detenernos el paso. A raíz de la prisión de nuestro camarada Carlos Manuel Cox, y de las intempestivas y fracasadas visitas de la policía a mi casa, ya he escrito que los gobernantes actuales, representantes del civilismo y de la vieja mentalidad reaccionaria del país, quieren cambiar el sentido de la frase de González Prada. Ellos nos dicen: 'Los viejos a Palacio, los jóvenes a la isla.' Pero nosotros respondemos invariablemente: 'Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra.' Es decir, el civilismo a la derrota, el aprismo a la construcción del nuevo Perú.

Debo terminar. Sólo quiero recordar en esta hora en que se inicia una lucha que tendrá proyecciones históricas, el nombre de Alfredo Palacios, el maestro argentino que ha dirigido un hermoso mensaje a los jóvenes del Perú, y cuyo prestigio moral e intelectual, de relieves continentales, nos otorga un espaldarazo de honor. Y también quiero recordar a Haya de la Torre, el calumniado Haya de la Torre, alma de nuestro movimiento, que viene empujando, desde 1923, este complicado proceso de renovación nacional. A Haya de la Torre, a quien atacan los comunistas, y a quien los fríos invernales de Berlín vieron acudir, una mañana a la estación desabrigado y enfermo, mientras los 'defensores del proletariado' viajaban en primera



azul, envueltos en hermosas pieles de Rusia. A Haya de la Torre, a quien 'El Comercio' niega el derecho para vivir una democracia, olvidando que Haya es un prestigioso vocero del pensamiento americano en Europa, que ha desfilado honrosamente por las mejores universidades del viejo y el nuevo continente. A Haya de la Torre, que acribillado por el chismerío ciudadano, sigue marchando impertérrito en su camino de redención social.

Y como él, a los caídos en la lucha, Alarcón Vidalón, Salomón Ponce, Edwin Elmore, Luis Bustamante y el alto espíritu de José Carlos Mariátegui, que hasta 1927, antes de su última crisis de su enfermedad, estuviera totalmente a nuestro lado. Y a Carlos Manuel Cox, el primer aprista víctima de la actual dictadura, y a los que están aún en el destierro, como Luis Heysen, Enrique Cornejo, Rómulo Meneses, Vásquez Días, Oscar Herrera y tantos otros.

Hemos recordado a los guías y a los caídos. Ahora es necesario que nos miremos a nosotros mismos y nos aprestemos a no desoír el llamado nacional. Sé que contra nosotros hay orden de prisión y destierro. Podrán encerrarnos en las cárceles o arrojarnos al exterior. Pero siempre seguiremos en la lucha. Y desde atrás de los barrotes, o desde más allá de las fronteras, seguiremos luchando por el aprismo. Y algún día, cercano sin duda, abriremos las puertas de la prisión o regresaremos al país, para cumplir nuestro deber cívico. Que todos y cada uno de nosotros se decidan a salvar el porvenir de la nacionalidad. Si antes combatimos contra el leguismo, ahora combatiremos contra el sanchismo, que representa el total contenido del vocablo. En nuestras manos está nuestro propio porvenir. Luchemos, pues, contra los amos de afuera y de adentro. Y todos: obreros, campesinos, estudiantes, empleados, maestros, oficiales y soldados, pequeños comerciantes, pequeños propietarios, todos los que viven de su trabajo, unámonos y formemos el frente único de la Justicia. 'Tenemos un solo y grande enemigo. Formemos una sola y grande unión.'

Fuente: SEOANE, Manuel, *Nuestros Fines* (Versión taquigráfica de una Conferencia Prohibida). Segunda edición con un apéndice especial, 1931, pp. 52-56.

